

MAY R. AYAMONTE

LOS HIJOS MALDITOS



CONTRALUZ

MAY R.
AYAMONTE
Los hijos malditos

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © May R. Ayamonte, 2024. Autora representada por la Agencia Literaria Editabundo, S. L.

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)

Madrid, 2024

Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.contraluzeditorial.com

ISBN: 978-84-19822-06-2

Depósito legal: M. 2490-2024

Printed in Spain

PARTE 1

1982

El camino de ascenso hacia el lugar señalado como destino para los que se atrevían a realizarlo era abrupto y con una inclinación marcada. Estaba rodeado de arbustos donde crecían plantas aromáticas que en tiempos ancestrales se usaban como herramientas de curación. Y bordeado de bosques donde se podían encontrar olmos, castaños, higueras... y un sinfín más de árboles que caracterizaban la zona y jugaban con la frondosidad que decoraba el escarpado paisaje.

Si se dejaba vagar la vista, el mundo se extendía a los pies de aquel lugar sagrado. Se podía sentir el aire reverberar contra las montañas, recorriendo los vacíos que creaban los altos precipicios. El cielo se extendía a lo lejos, completando una imagen que solo aquellos que habían dado el paso a lo sagrado contemplarían con la mirada verdadera. Un lugar oculto en mitad de la magia que ocurría en las alturas. A la vista de todos, pero solo visible para quien realmente merecía verlo.

Ellos caminaban en línea recta. Nadie salía del ritmo que habían marcado los ancestros hacía milenios. Conocían tanto el camino que podían seguirlo con los ojos cerrados. Nadie faltaba a la cita marcada en el calendario, con lo sagrado no se jugaba. No había motivos que pudieran justificar no asistir al día señalado. Los días señalados, en realidad. Eran muchos a la semana, pero nunca suficientes para col-

mar la necesidad de quienes habían elegido el buen camino de la vida.

Subían la pendiente en silencio, conteniendo el aliento. Estaban a punto de entrar en el éxtasis que todo ser humano ansiaba. No levantaban la cabeza para admirar el paraje que los rodeaba, no habían sido elegidos para eso. No podían deleitarse con el placer de la contemplación, no mientras no terminaran la misión para la que habían sido traídos al mundo. Entonces la vida sería diferente, cuando lo sagrado se hubiera convertido en el orden del mundo.

El destino al que se dirigían apareció ante sí. Él abrió la puerta con sus manos, también sagradas y tocadas por la gran gracia. Se adentró en cabeza, marcando el ritmo del grupo. Tomó asiento, como el resto. Aún no habían terminado el lugar donde todo había empezado, estaban en el proceso de darle la imagen que merecía. Debían hacerlo con cuidado, solo los elegidos podían llegar allí y tenían que velar por la protección que la privacidad les ofrecía. Por eso, después de cada sesión, se tomaban unas horas para trabajar en el lugar, antes de volver a sus vidas, anodinas, alejadas de la majestuosidad que allí ocurría.

Él empezó a hablar, alzando las manos y provocando que todos bajaran la cabeza.

Era el comienzo. El comienzo de algo más grande que cualquier ser humano. El comienzo del principio del fin de una era que terminaría para siempre. Ellos sabían la verdad. Solo ellos. Hasta que Granada los escuchase.

Capítulo 1

Granada, 2023

Las doce campanadas de la torre de la Vela, junto a sus cuartos, recordaban a los granadinos esos treinta y uno de diciembre en los que se esperaba con ansia la celebración del Año Nuevo. Era excepcional, eso sí, la profundidad con la que sonaban las campanas de la Alhambra, en un intento de hacer reinar el silencio. Muchos huían de la ciudad. Otros tantos se quedaban para ver pasar solemnemente a su Santísimo Cristo de la Misericordia, acompañado de los hermanos que ofrecían sus penitencias bajo la luz de las escasas velas y la luna que bañaba las calles.

Jimena Cruz estaba sentada sobre el muro que separaba la Carrera del Darro del propio río Darro, cruzada de brazos, en una posición que denotaba sopor e intentando mantenerse erguida. No era fácil conseguirlo, sobre todo cuando el muro no medía más de un metro y no contaba con respaldo. De vez en cuando miraba hacia atrás, para no olvidarse de que, si verdaderamente se dormía, su futuro sería acabar en el mismo Darro que tantas penas le había ocasionado dos años atrás.

La luz de la luna se reflejaba en la portada de la iglesia de San Pedro y San Pablo, como si jugara a iluminar aquello que

estaba a punto de salir de sus entrañas. Hacía unos minutos que se había cortado la electricidad de la calle; incluso de la Plaza Nueva, que aguardaba al final de la Carrera del Darro y de varias calles aledañas. Aquella calle, a oscuras, la transportaba a otro mundo, a otra época de la historia de la ciudad en la que Al-Ándalus estaba en su máximo apogeo. El río serpenteaba como un hilo de plata iluminado únicamente por la luna. En ese momento, la periodista había abierto los ojos sorprendida y salido de su sopor por primera vez. A su sorpresa la acompañó el sobrecogimiento de los que la rodeaban, incluida su hermana, que aferraba su mano con fuerza. Era por eso por lo que la visibilidad brillaba por su ausencia y había sido sustituida por el ojo humano capaz de adaptarse a la luz de la luna. Esa Semana Santa no tenían una luna especialmente luminosa; apenas se encontraba menguante en su forma cóncava.

—Tita..., está a punto de salir —susurró Hugo, a quien Jimena rodeaba con sus piernas mientras este se apoyaba en ellas.

—Sssh... Hugo, ya te he dicho que hay que estar en silencio —saltó Carmina, también entre susurros, y con un gesto de pocos amigos.

—Venga, Carmina. Que tiene seis años, es normal que esté un poco aburrido —le dijo Jimena a su hermana.

—¡Mi hijo! ¡Aburrido en Semana Santa! Hugo, mira a Lucía. Ella está expectante con lo que va a ocurrir —sentenció Carmina, a la vez que señalaba a la hija de su pareja.

Jimena prefirió no mirar hacia Miguel Alcázar, que descansaba a su lado, también sentado sobre el muro, y con Lucía apoyada en sus piernas. Carmina era su hermana y respetaría sus decisiones vitales hasta las últimas consecuencias. Sobre todo porque eran uña y carne, a pesar de ser sumamente diferentes. Pero, para Jimena, Miguel era ese talón de Aquiles

que le costaba superar. Su hermana se había enamorado de él dos años atrás, cuando Jimena comenzaba a investigar su segundo caso en la ciudad como colaboradora de la policía. Y aunque Miguel y su hermana estaban destinados a enamorarse porque parecían compartir hasta el último resquicio de ADN, a Jimena no le gustaba. Era un hombre conservador, con una fe férrea, como la de Carmina, y con un código de valores que se alejaba de ella. Aun así, lo respetaba y evitaba pasar demasiado tiempo con él.

Volvió a dirigir la mirada a la puerta de la iglesia de San Pedro y San Pablo, a la espera de que comenzara aquella procesión. La Semana Santa siempre había sido para ella la celebración familiar que más detestaba. Sus padres, con quienes no tenía relación y a los que no había vuelto a ver en dos años, las habían educado en un ambiente fervientemente religioso. Y por ahí pasaba también acudir a cada procesión de la ciudad durante Semana Santa. Con los años, Jimena había roto con casi todas esas tradiciones. Mantenía, no obstante, algunas que la unían a su hermana, a la que le había ofrecido acompañarla a algunas procesiones, sobre todo a las que más le llamaban la atención.

Entre ellas se encontraba la del Santísimo Cristo de la Misericordia, también conocida como El Silencio. Jimena tomó una bocanada de aire mientras el silencio se volvía contundente a su alrededor. Las puertas de la iglesia crujieron conforme se abrían y Carmina contuvo el aliento. De pronto, unos cirios encendidos comenzaron a salir lentamente por la puerta lateral de la iglesia. La oscuridad era tan absoluta que Jimena no conseguía ver más que sombras bajo esos cirios; aunque también estaba situada a cierta distancia del templo. Poco a poco deambulaban hacia la salida del patio que coronaba la entrada de San Pedro y San Pablo.

Ante la emoción granadina por lo que estaba a punto de suceder en aquella calle, sonó el martillo tres veces contra la parihuela del paso.

—Santísimo Cristo de la Misericordia... Granada te espera. —Una voz masculina rompió el silencio. Provenía del patio de la iglesia y fue acompañada por una *levantá* a pulso, que apenas generó sonido alguno. Casi como si los costaleros no hubieran levantado el paso. El crujir de la madera fue lo único que percibió Jimena, que pidió a gritos ser rescatada ante la noche que tenía por delante. El silencio era digno de mención. Parecía que hasta los grillos y las aves nocturnas evitaban ser oídos. Tan sobrecogedor y oscuro que casi podía saborearse.

Pronto, un tambor en solitario comenzó a tocar una marcha fúnebre, de despedida. Jimena, que no era forofa ni seguidora de la Semana Santa, sintió cómo se le erizaba el vello de los brazos ante el sonido desgarrador del tambor. También al ver la imagen del paso comenzando a salir lentamente por las verjas del patio delantero de la iglesia. Los nazarenos con sus cirios encendidos abrían paso y empezaban a desfilar por delante de sus ojos. Hugo, que tenía seis años y aún no terminaba de entender qué estaba viendo, abrazó con fuerza las piernas de Jimena, girándose hacia ella y reposando la cabeza sobre sus muslos. La periodista no pudo evitar sonreír y tocarle el pelo, negro como el tizón.

El olor del incienso inundó sus fosas nasales. Se abrió paso por aquella calle oscura, donde los cirios alumbraban sutilmente las caras de los que esperaban contemplar la procesión. Jimena sintió el calor de las velas a escasos metros de su rostro. La Carrera del Darro era tan estrecha que casi no cabía sentada en el muro y con Hugo de pie contra sus piernas. No le extrañaba que al pequeño le diera miedo la escena. Estaba ro-

deado de nazarenos vestidos de negro con cíngulos de esparto, sumido en la oscuridad y acompañado por el sonido de un tambor fúnebre.

—Tita..., me quiero ir a casa —susurró Hugo.

—Tranquilo —fue lo único que contestó Jimena antes de invitarlo a sentarse sobre sus piernas. El niño afirmó con la cabeza y lo cogió por los hombros, haciendo equilibrios para mantener su cuerpo erguido sobre el muro. Después, lo sentó sobre sí misma y, con él entre los brazos, volvió a observar la procesión que pasaba ante sus ojos.

Unas cadenas empezaron a sonar también. Se oía el rasguído contra el suelo de adoquines de la calle al paso de quien las llevaba atadas a los tobillos. Jimena sabía que en la procesión del Silencio había nazarenos que tenían cadenas atadas a los pies, y que las arrastraban durante todo el camino en una ofrenda de penitencia. El tambor, acompañado del metal rugiente, daba lugar a una escena incluso más espeluznante.

El paso salió por la verja de la iglesia y Jimena se lo señaló a su sobrino para que se entretuviera. El niño sonrió emocionado. Ya le gustaba la Semana Santa diurna, así que le quedaba poco para perder el miedo a la nocturna. No era de extrañar: la hermana de Jimena no solo era profesora de religión, sino que también ejercía como directora religiosa del centro de estudios privado donde ambas habían estudiado de niñas. Allí se habían cometido atrocidades, que Jimena había descubierto con su primer caso seis años atrás. Pero todo aquello ya quedaba lejos para ambas, que habían roto con sus padres e intentaban hacer las paces con el pasado.

Jimena sintió cómo algo se retorció dentro de ella con ese último pensamiento fugaz. ¿Realmente había hecho las paces con su pasado? Claro que no. Era un bebé robado en busca de su familia biológica, y se encontraba completamente estanca-

da en ese proceso. Por suerte tenía a su hermana Carmina, la única persona de su familia con la que no compartía lazos de sangre. Carmina se había mantenido a su lado tras descubrir que sus padres (que sí que eran biológicos para ella) habían comprado a Jimena a costa del sufrimiento de muchas niñas. Y Jimena siempre le estaría agradecida por salir a defenderla. Nadie lo hubiera esperado, especialmente si conocían a ambas hermanas y sabían lo diferentes que eran.

Miró a Carmina para calmar esa sensación de ansiedad que empezaba a nacer en su estómago. Y consiguió dominar al monstruo. Carmina siempre había representado su templo, el lugar al que podía volver para sentirse segura. Era su hermana, pero también su casa. Y por eso se encontraba allí, acompañándola en una festividad que para ella era importante, a pesar de que a Jimena lo que en verdad le apetecía era estar en un bar, antes que sobre ese muro frío en una noche de principios de abril. Pero allí estaba, a su lado y con su sobrino en brazos.

Un grito se oyó de fondo. Jimena giró la cabeza, alarmada, antes de darse cuenta de que nadie reaccionaba. Su hermana se inclinó sobre ella y le susurró al oído:

—Todos los años alguien grita para llamar la atención.

La periodista afirmó con la cabeza, recordando otros años en los que habían ocurrido episodios similares, o incluso peores: grupos de niños gritando en las calles aledañas a la proce-sión. Pero no dejaba de ser escabroso ese grito vinculado a la imagen que se desarrollaba ante sus ojos.

—¡Ya viene! —exclamó el niño, emocionado.

Carmina se giró hacia su hijo, a la vez que lo hacía Miguel, su pareja. Ambos chistaron sutilmente para que Hugo recordara que debían estar en silencio. Jimena sonrió de nuevo y señaló los cirios que todavía pasaban a escasos metros de ellos.

Era cierto, el paso se acercaba. Aun a cierta distancia se podía oír el crujir de la madera. Y también el susurro desenfrenado de los costaleros bajo las trabajaderas, que intercambiaban indicaciones, como lo hacían los contraguías.

A Jimena le fascinaba cómo un grupo de seres humanos eran capaces de poner su salud bajo un paso de Semana Santa y dejarse guiar a ciegas por una ciudad entera a la orden de los hermanos. Respetaba a los costaleros, como respetaban a quienes sentían esa festividad como la culminación de su espiritualidad. Y aunque no era forofa de la tradición, ciertamente disfrutaba de instantes como el que le estaba tocando vivir en ese momento.

Ella misma contuvo el aliento cuando el Santísimo Cristo de la Misericordia comenzó a pasar ante sus ojos. Vio la madera robusta tallada que constituía la base del paso, y observó el trono de flores rojas y moradas sobre el que se erigía la imagen. Cuatro cirios negros acompañaban la talla, junto a una compleja cruz de taracea que apenas era visible por la oscuridad de la noche.

El paso avanzó lentamente, pero duró unos escasos segundos delante de Jimena. Detrás de él, avanzaban los nazarenos con sus cirios. Algunos arrastraban cadenas y Hugo las señaló de nuevo, emocionado. Carmina se giró hacia ella y le sonrió. El incienso seguía envolviendo el ambiente e impregnándolo de ese olor que solo podía evocar la Semana Santa. El tambor, que iba delante de la procesión, seguía sonando y haciéndose eco calle abajo, en dirección a la Plaza Nueva. El río Darro sonaba a las espaldas de la periodista, casi como si quisiera acompañar el momento.

Jimena alzó la mirada para observar la calle con detenimiento. Los nazarenos formaban una fila perfectamente alineada, como si hubieran sido colocados mediante un preciso

instrumento de medición. No daban un paso hacia delante de más, ni tampoco de menos. Los cirios, a determinado toque de tambor, se alzaban hacia el cielo tocándose entre sí. Conformaban un puente que a su vez proyectaba la imagen de una serpiente de fuego o, lo que espeluznaba aún más a niños como Hugo, una procesión de ánimas bajando por las calles de la ciudad. Nadie hablaba, y si alguien lo hacía, de inmediato se le mandaba callar. A Jimena, esta procesión le resultaba exuberantemente sobria y seria.

De pronto, un grito más fuerte que el que se había oído diez minutos antes volvió a sonar. Era un grito desgarrado, que recorrió y retorció con horror el alma de la periodista.

—¡¡Sssh!! ¡Silencio! —gritó un hombre que estaba en algún lugar a escasos metros de donde se encontraba Jimena. Con aquella luz era difícil identificar lo que tenía alrededor.

Esta vez el grito vino acompañado de otros, emitidos por la misma persona, a quien no parecían importarles sus cuerdas vocales. Era una mujer, Jimena lo supo al instante.

—¡¡Silencio!! ¡Respeto! —gritó una mujer diferente que estaba más lejos de Jimena.

Carmina se bajó del muro y comenzó a chistar secundando a otros. Pero la mujer volvió a gritar entre balbuceos.

Jimena bajó a Hugo al suelo, antes de hacerlo también ella misma. Se colocó a un lado de su hermana y dejó a Hugo entre ambas. Comenzó a mover la cabeza y a ponerse de puntillas. Llevaba sus botines de tacón, pero eso no le daba la suficiente altura como para ver qué estaba ocurriendo. Por lo que intuía, la gente miraba hacia el patio de la iglesia. Seguía chistando y pidiendo respeto.

La mujer que gritaba consiguió salir del patio y se sumó a la procesión, entre los nazarenos. Estos, asombrados, se quedaron quietos sin saber qué hacer. La mujer no paraba de gri-

tar. Jimena casi no la veía, pero vislumbraba su silueta cuando los cirios la iluminaban. Empezó a correr, aunque no llegó demasiado lejos porque un nazareno la cogió del brazo y la frenó. Carmina seguía pidiendo respeto junto a los demás. Jimena estaba pálida, sin lograr entender lo que ocurría.

Al fin vio el rostro de la mujer y, antes de que pudiera hablar, sintió que se desplomaba. La cabeza comenzó a darle vueltas y tuvo que apoyarse en su hermana. Los ojos de esa mujer hablaban por sí solos, acallando las voces que se abrían paso a su alrededor. La periodista estaba sobrecogida: no era la primera vez que veía esa mirada, que solo podía proceder de alguien que había visto a la muerte.

—¡Hay un muerto! ¡Ayuda! ¡Auxilio! ¡Hay un muerto colgando del campanario de la iglesia!

AÑOS 80, UNA VOZ

Un grupo de personas camina a través de un paraje angosto. Nadie se atreve a elevar la vista del sendero ni a pronunciar palabra. Su misión está clara, deben dirigirse al lugar acordado; aquel que habitarán sus cuerpos y arrojará luz sobre sus vidas. Porque allí, donde los espera él, el verbo está a punto de convertirse en carne.

2023, UN CUERPO

Los más devotos se agolpan frente a la iglesia de San Pedro y San Pablo a la espera de que comience la procesión del Cristo de la Misericordia, una de las más respetadas en Granada. La oscuridad y el silencio cubren cada espacio de la escena, hasta que las puertas se abren y el titilar de las velas advierte el inicio del paso, que apenas consigue avanzar unos metros cuando un grito rompe la quietud de la noche.

Jimena Cruz, quien se encontraba en el lugar, avanza entre el tumulto. A ese primero le han seguido más, y ahora todos señalan al cielo al advertir, horrorizados, cómo un cuerpo pende en lo alto del campanario.

Y EL INICIO DE UNA PESADILLA

Un nuevo descenso a los infiernos aguarda para Jimena, que deberá dar caza a un asesino mientras lidia con un extraño manifiesto que ha llegado a la ciudadanía y en el que se informa del deseo de ver reducida la Alhambra a cenizas.



**TRAS LAS NIÑAS SALVAJES Y LAS AGUAS SAGRADAS,
LLEGA EL DESENLAJE QUE MILES DE PERSONAS
ESTABAN ESPERANDO.**

